

pendientes establecidas en el Nuevo-México, Guatemala, Chile, Caracas, Puerto Rico, Santo Domingo, Cuba, la Luisiana y la Florida.

El vicio, sin embargo, estaba en la raíz y siempre producía graves inconvenientes la unión con la metrópoli; debían eludirse con la astucia los onerosos impuestos y las severas restricciones; el comercio clandestino usurpaba más de la mitad de los ingresos reales, y el resto se consumía en una complicada administración.

Inglaterra, dominadora del Océano, llevaba muy a mal la competencia de España, y durante todo el siglo se esforzó por destruir su marina, disminuir sus posesiones trasatlánticas y reducir la Península ibérica a la esclavitud en que tenía a Portugal. Habíala ya encadenado teniendo en su poder el Peñón de Gibraltar; pero además armaba acechanzas contra sus posesiones de América, y en la guerra que declaró a la liga borbónica, quitó a la España las islas Filipinas y la Florida (1763), compensándola con países en otro tiempo franceses, es decir, con la Luisiana. Habiendo tardado la España en ocuparla, saboreó esta colonia el placer de la independencia, y La Ferrière, su procurador general, proyectando organizarla en república, se negó a suspender el comercio con Francia y con sus islas; por lo cual fué preciso reprimir la insurrección con gran derramamiento de sangre.

Los españoles tuvieron también que pelear con Inglaterra por causa de las Malvinas, islas inmediatas a la punta meridional de América, y que pudieron conservar en su poder. Luego vinieron a las manos con los portugueses por la colonia del Sacramento, situada a la orilla septentrional del río de la Plata, y que era un asilo de contrabandistas, cuya posesión lograron también mediante el cambio de una vasta extensión de terreno en el país de las Amazonas. El distrito del Paraguay, que quedó entonces en poder de España, fué agregado al virreinato de Buenos-Aires y medró en importancia comercial.

En la guerra de la independencia americana la España se unió a Francia, como hemos visto en otro lugar, y en la paz de Versalles se aseguró la posesión de Menorca y de las dos Floridas, cediendo a los ingleses las islas de la Providencia y de Bahama, dándoles también, entre otras ventajas, licencia para cortar anacardo y maderas tintoreas en la costa de los Mosquitos. En la guerra que aludimos, la España perdió veintinueve navios de línea y muchos buques menores; aumentó su deuda hasta doscientos cincuenta millones de francos, y dió a sus colonias el ejemplo de proteger y legitimar la revolución afortunada de los anglo-americanos; ejemplo que ellas aprendieron.

Defendiendo Carlos III en aquella ocasión la independencia de los nuevos Estados, dió a conocer real y verdaderamente que ignoraba el oficio de rey. Sin embargo, la falta

de formas representativas, solo poder de acción y cetro, impedía que en las colonias españolas saliesen grandes magistrados y capitales.

Los llaneros, dueños de innumerables ganados que pastaban en dehesas sin término, avezados desde su niñez a correr a caballo, a combatir contra el toro y el yaguar, a hacer largos viajes, a pasar a nado los ríos, a dormir al sereno, no podían someterse con resignación a la esclavitud; pero aunque estaban prontos a sublevarse al primer toque de trompeta, no podían dar la señal. Los habitantes de las ciudades, la mayor parte criollos, adquirían algunas ideas liberales mediante la lectura y el contacto con los europeos, y su desprecio hacia los funcionarios que llegaban de Europa, alimentaba en sus corazones la esperanza de independencia. La revolución francesa dió alas a sus votos, y los libros y periódicos que entonces penetraron, hicieron relampaguear los destellos de una nueva luz en las colonias. En tanto las mismas metrópolis les proporcionaron inadvertidamente los medios de resistir: en 1804, México tenía treinta y dos mil hombres de tropas nacionales, que costaban veintidos millones de francos, y el virrey Galvez estableció parques, arsenales y fabricas de fundición. La Francia por su parte abasteció el muelle de San Nicolás, como había podido abastecer sus costas, y trasladó cincuenta mil negros a Santo Domingo. Las leyes prohibitivas no podían mantenerse ya en vista de los progresos del comercio y de las lecciones de la economía política; la prosperidad de las colonias emancipadas del Norte convidaba a imitarlas; el grito de los negros de Santo Domingo resonaba en el corazón de todos los esclavos, y la libertad es contagiosa.

Durante las guerras napoleónicas todo se conmovió en las colonias; fueron alternativamente ocupadas por amigos y enemigos que las asolaron; todos los gobiernos se habían disuelto; los negros se negaban a trabajar; y en tantas repentinas mudanzas, el país vió que podía escoger entre el antiguo señor y el nuevo ó quedarse tal vez sin ninguno. El bloqueo de las metrópolis acabó con la costumbre de las antiguas relaciones, y obligó a entablar otras; los ingleses, no esperando conservar para sí estas colonias, querían más bien verlas libres que devueltas a sus antiguos poseedores; y los Estados-Unidos, libres de las cuestiones europeas, para tener abiertos todos sus puertos, deseaban estender a los demás países la situación desembarazada que para sí habían conquistado. Fermentaba, pues, por do quiera el anhelo de independencia. Los dominios de España en el Nuevo Mundo, cuando Humboldt los visitó, ocupaban setenta y nueve grados de latitud; tenían igual longitud que el África; una superficie doble que la de los Estados-Unidos y una extensión mayor que la del imperio británico en la India. Pocos años después

no le quedaba a España un palmo de este inmenso territorio.

EMANCIPACION DE LA AMERICA ESPAÑOLA.

El país que hoy se llama Colombia, y tiene doce mil leguas cuadradas de extensión, se dividía entre el virreinato de Santa Fe, llamado despues Nueva Granada, en la cuenca del río de la Magdalena, y la capitanía general de Venezuela en el valle del Orinoco, además de la presidencia de Quito en la parte superior del río de las Amazonas. Así Caracas, Santa Fe de Bogotá y Quito eran como tres capitales, en torno de las cuales se agregaban las muchas y diversas subdivisiones. A principios del siglo poblaban este país setecientos veinte mil indios, seiscientos cuarenta y dos mil criollos europeos, un millón doscientos cincuenta y seis mil mestizos y doscientos mil salvajes.

Siguiendo los ejemplos de Francia, se había formado en Bogotá una asociación liberal que propagaba la declaración de los derechos del hombre; pero descubiertos sus individuos, fueron encarcelados y algunos enviados a España.

En cambio se deportaban a las colonias los españoles a quienes se proscibía por opiniones revolucionarias; y tres de ellos, encerrados en una ciudadela cerca de Caracas (1797), pudieron entablar relaciones con los indígenas, que guiados por su mala suerte y por sus ideas, proyectaron libertar al país y formar una república que diese el ejemplo y la señal a los demás. Pero habiendo sido descubiertos por un traidor, fueron castigados según los casos, con las penas de muerte, presidio y deportación. Por otra parte, las crueldades que los indios sublevados cometían con los criollos, quitaban a éstos el deseo de moverse.

El general Miranda, de Caracas, antiguo compañero de armas de Washington, y luego de Dumouriez, odiando a España y deseando redimir a su patria, instaba a la Gran Bretaña para que le ayudase a sublevar la América Meridional. El gobierno inglés le dió oídos al principio; pero despues desechó sus solicitudes, cuando en 1804 cambiaron las relaciones de Inglaterra con España. No desanimándose por esto el general Miranda, y confiando en el auxilio de algun comerciante de Nueva-York, de lord Cochrane, almirante inglés en aquellas aguas, y de algunos pocos con quienes se correspondía en el interior del país, se aventuró con quinientos voluntarios a invadir las costas de Venezuela (1806); pero no habiendo encontrado apoyo, tuvo que retirarse.

Cuando los Borbones de España abdicaron, y el ejército francés invadió la Península, el deseo de independencia se unió al sentimiento de fidelidad hacia los monarcas destronados, dándoles en aquella circunstancia pruebas de una adhesión más completa que la con que se les había brindado cuan-

do habían sido felices. Se pensó, en efecto, como en el Brasil, ofrecer asilo a los reyes fugitivos de Europa; y por tanto, no dando oídos a José Bonaparte, ni a las asambleas revolucionarias, formaron las colonias juntas propias, pareciendo a todos muy conforme con las reglas del derecho semejante medida en tanto desorden, y hasta que las cosas se organizaran; de suerte que el nombre de Fernando VII era también en América el grito de los liberales.

En este sentido se sublevó Quito, y sin violencia de ninguna especie, estableció una junta (10 de Agosto de 1809), presidida por el marqués de Selvallegre, jurando fidelidad a Fernando VII; fué entonces cuando entre el pueblo se difundió y exageró la noticia de que los funcionarios españoles conspiraban para entregar la América a Bonaparte. La junta suprema de España en 1809, "considerando que las provincias americanas no eran colonias como las de otros países, sino parte integrante de la monarquía," declaró a nombre del rey, que debían tener representación directa e inmediata en las cortes españolas, y dijo a los americanos: "Ya sois libres; cese el yugo insostenible, por lo remoto del centro del poder, que os hacía víctimas de la arbitrariedad, de la avaricia y de la ignorancia." Pero aun cuando hubo representantes americanos en las cortes, nada se proyectó para el bien de países tan lejanos, y nada dió a conocer en la esfera de los hechos de igualdad establecida entre los dos pueblos. Esta era sostenida por escritos prolivos, por las instigaciones de los partidarios de Napoleón, que querían crear obstáculos a un gobierno calificado por ellos de rebelde, y por los emisarios del Brasil, ya emancipado de su metrópoli. La junta de España, manteniéndose a duras penas entre tantas dificultades, no tenía el discernimiento suficientemente desembarazado para evitar los males lejanos. Fué por entonces cuando el imprudente insulto de un comisario español escitó una insurrección en Bogotá (20 de Julio de 1810), y pidióse la convocación extraordinaria de todos los ciudadanos, que el virrey Cisneros no se atrevió a negarla. La junta presidida por él mismo, adquirió en breve gran preponderancia, y sostenida por el ardor del pueblo soberano, despidió al virrey. Habiéndose, pues, declarado independiente la Nueva Granada de la regencia de España, y sujeta tan solo a Fernando VII, se convocó a las provincias para impedir la desmembración, cuyos síntomas habían estallado desde el principio, como sucede comunmente donde falta el sentimiento nacional.

Cartagena, sublevada contra Bogotá, se adhirió a la regencia española, y convocó para otro punto a los representantes de las provincias, a fin de formar una federación en que se reconociese la libertad de cada Estado, única forma compatible, según se decía, con el interés y la libertad del país, el cual se dividió. El congreso entonces,

no llegó á reunirse, y la anarquía comenzó á dominar aun antes de la libertad. Después en Quito se alzó de nuevo la bandera de la independencia [1811], la cual fué proclamada en aquel territorio.

Habia estallado también la revolución en Venezuela [19 de Abril de 1810], y el capitán general de Caracas se había visto obligado á hacer dimisión en manos de una junta nombrada por él mismo. Siguiéron las otras ciudades el movimiento, y la llegada de Miranda hizo que se resolviera la convocación de un congreso general, el cual proclamó la independencia de las *Provincias unidas* de Caracas, Cumaná, Varnias, Margarita, Barcelona, Mérida y Trujillo, que formaron la *Confederación de Venezuela*. Pero en breve retoñaron las ideas federalistas formentadas por la constitución dictada por el mismo Miranda [1].

(1) Como ha indicado ya nuestro autor en el texto, los abusos perpetrados por los españoles en las colonias americanas, habían exasperado desde largo tiempo los ánimos de aquellos habitantes del otro hemisferio, y á pesar de que el gobierno de la metrópoli había procurado en alguna manera remediar los males, no era posible sofocar el gérmen de cierta independencia política á que aspiraban las colonias, aun cuando no se manifestaban abiertamente adversas á las miras de la metrópoli, de cuyo seno habían salido. Pero las revoluciones que estallaron por do quiera en Europa en la época napoleónica, y la convocación de las cortes españolas, cuando se verificó el cautiverio de Fernando VII, y la usurpación de Bonaparte exaltaron los ánimos de los americanos y les dieron margen para organizar gobiernos independientes, aunque las cortes reunidas en Cádiz hubiesen dado á las colonias una representación nacional, elevándolas al grado de provincias hispanas. Pero conociendo los americanos que sus primeros pasos, muy atrevidos, para declararse independientes necesitaban de un apoyo, procuraron intrigar, como lo habían hecho ya sus soberanos de los Estados Unidos, en varias cortes extranjeras, y echaron mano de todos los recursos para llegar al logro de sus deseos. Entonces, como suele suceder en casos semejantes, los hombres ilustrados del continente europeo se dividieron en dos bandos, abogando los unos en favor de la independencia hispano-americana, y otros patrocinando la causa de la monarquía española y la permanencia colonial.

Aunque vamos hablando de hechos casi contemporáneos y muy conocidos, tenemos á la vista varios autores, así españoles como extranjeros, que nos han dejado consignadas en sus páginas reflexiones muy sólidas sobre la independencia hispano-americana, las cuales no son tan solo importantes para el caso de los pasados acontecimientos, sino que también pueden servir de guía é instrucción para toda especie de medida gubernativa, que tiene relación directa al sistema colonial considerado en sus generalidades. La España, objeto de envidia por su rica posesión de la isla de Cuba, no debe nunca perder de vista to-

Los españoles no tardaron en acometer á las nuevas repúblicas guiados por Montever-

dos los pormenores históricos que mediaron en la época en que se vió despojada de las inmensas colonias que poseía en el Nuevo Mundo, y con especialidad debe fijar su atención en los capitanes generales que envía á la Habana, que hoy forma el núcleo de sus posesiones americanas.

Nos hemos propuesto desde que empezamos á anotar la presente obra de Cesar Cantú, no entrar nunca en discusiones políticas que puedan chocar con los intereses ajenos; pero esto no basta para que nosotros guardemos silencio en asuntos que son de mucha trascendencia para la felicidad de este país, los cuales, por lo demás, pueden ser tocados con discreción y sin ofender la susceptibilidad de los individuos. Diremos, pues, que la isla de Cuba y las demás colonias hispano-americanas, administradas hoy con leyes bastante regulares, podrían adherirse aun mas á los intereses de la metrópoli, si los capitanes generales fuesen todos animados por los mismos principios humanitarios, y no echasen mano muy á menudo de las arbitrariedades. Sabemos muy bien, que entre éstos ha habido muchos de un mérito eminente y que han sido idolatrados por los hispano-americanos; pero otros, tal vez con el solo intento de servir bien á su patria, han rayado en demasías y en crueldades, que el gobierno de la metrópoli no ha podido remediar por haber sido noticiado tarde de los sucesos. Creemos, pues, que sería muy acertado para el gobierno español no dejar demasiada autoridad en las manos de los gobernadores de un país, que es una de las fuentes principales de la riqueza española. Esta medida debería adaptarse con especialidad á todo lo que pertenece á los altos asuntos políticos, que miran directamente á sustraer la isla de Cuba del dominio de la madre patria. No cabe duda que los delitos de esta especie deben ser castigados con preferencia; pero es cierto también que antes de sujetarse á severo suplicio, deben de haberse averiguado con muchísima escrupulosidad, porque la injusta condena de un solo individuo basta para indisponer contra el gobierno la mayor parte de una población. Es un cánón muy cierto, pero por desdicha de la humanidad poco practicado, que todo lo que se consigue con el mero ejercicio de una fuerza material es poco duradero, mientras que la permanencia de un poder fundado en la persuasión de las ventajas propias, de la justicia y de la humanidad, tiene una prolongación indeterminada. Así es, pues, que el primer objeto á que debe mirar cualquier gobierno, y con especialidad cuando se trata de provincias muy lejanas de su centro, es el de granjearse el afecto de los pueblos.

Es otro punto que el gobierno español no debe nunca perder de vista, que la isla de Cuba es muy codiciada de muchas naciones, y principalmente de las mas ricas y comerciales: todas las protestas de amistad política, todas las ideas de derecho internacional y de equilibrio, no han tenido nunca aquella fuerza que suele atribuírsele en tiempos normales, por lo que al estallar una guer-

de; y en medio de la guerra civil, un terremoto arruinó á Caracas con doce mil habitantes (26 de Marzo de 1812), y asoló otras ciudades. La superstición creyó ver en este suceso la mano de Dios, tanto porque ocurrió en el aniversario de la insurrección, como porque los españoles, lejos de experimentar daños en esta ocasión, pudieron aprovecharla para comenzar las hostilidades. Muchos abandonaron entonces la causa de la revolución; y Miranda, nombrado dictador (26 de Julio de 1812), se vió obligado á capitular bajo la condición de que la constitución que se diese en España sería también estensiva al Estado de Venezuela. Publicóse una amnistía, y se dejó libre á todos la salida del territorio: muchos á la sazón emigraron por su buena fortuna, pues que Monteverde prodigó severos castigos, y el mis-

ra, y tal vez también en tiempos de paz, suelen violarse impunemente; el medio mas acertado, pues, de conservar bajo el propio dominio á una nación con alguna seguridad fundada, es el darla á conocer que sus intereses estriban en defender el orden constituido en la autoridad de sus gobernantes. Entonces no se aceptan los ofrecimientos y los engaños seductores de un gobierno extranjero, y mucho menos las armas y el valor mercenarios de viles aventureros.

Esta última proposición que acabamos de emitir, tiene en su apoyo lo que sucedió en la época de la emancipación de las colonias americanas de que habla Cesar Cantú en el texto, y á mayor abundamiento vamos á concluir esta nota transcribiendo un pasaje que encontramos en el *Telégrafo mexicano de Cádiz*, el cual nos evidencia que los hispano-americanos que aspiraban á conquistar á todo trance su independencia política, pidieron auxilio á cortes extranjeras y abrieron las puertas á todos los individuos que quisieran secundar sus miras. Ahora bien, si aquellas colonias se hubieran quedado satisfechas de su estado político, no habrían dado semejante paso, y entonces, aun cuando algun partido poderoso entre ellas hubiese pedido con viva instancia la emancipación de su patria, habría sido sofocado. El pasaje que vamos á referir contiene también amenazas y denuestos contra los revoltosos; pero las injurias no impiden las determinaciones de un pueblo descontento, y son los medios menos eficaces y mas deshonrosos á los que puede acudir. He aquí el pasaje:

SOBRE EL PLAN DE LOS FACCIOSOS DE AMÉRICA.

Planes de éstos en España: planes en América: enviados á Londres: diputados fugados del congreso, y aparecidos en el Norte de América, con proclamas de independencia: emisarios mandados á Nueva-España, Santa Fe, Quito, Caracas, &c., oficiales americanos incorporados en nuestras expediciones, para que se pasen, é instruyan á los rebeldes del modo de hacernos la guerra.... La zizaña entre nuestras tropas para que no se embarquen á la América: el enganche de estranje-

mo Miranda fué encarcelado y enviado con otros á Cádiz, donde murió algunos años después. Los que se refugiaron en Cartagena dieron vigor á la revolución de la Nueva Granada (1816).

Simon Bolívar, nacido de familia patricia en Caracas (1783), y educado en España, habiendo atesorado en Paris en 1804, las memorias recientes de la gran revolución, vió coronado á Bonaparte y personificada en él la unidad de Francia. Roma, inspiradora de magnánimas ideas, escitó también el entusiasmo del joven Bolívar, que en el Monte-Sacro juró redimir á su patria. De regreso á ella no tomó parte en los movimientos de 1810, creyéndolos tal vez intempestivos y no agradándole el liberalismo. Cuando después empuñó las armas, sus primeras tentativas fueron desgraciadas; pero en breve des-

ros para que se pongan al lado de los rebeldes. La protección á todos los americanos que se contemplan útiles para atizar el fuego. El empeño en alejar del gobierno á los que tienen instrucción de la América: intrigando en las secretarías para entorpecer las providencias que pueden contribuir á la pacificación: puestos en correspondencia con otros americanos en Londres, ya para formar la opinión á su intento, y ya para proteger los fugados de España, facilitándoles su regreso á la América. Jugando en Cádiz á su tojo con la credulidad, y reduciendo á muchos á cabezas de *peluqueros*, sin saber todos por dónde les viene el golpe con respecto á la América....

¡Miserables! ¿Y qué conseguís al fin? ¿Qué habeis avanzado en tres años de embrollo? ¿En qué han parado aquellas torres que formásteis en 1810, al ver que vuestros emisarios fueron oídos en Londres? ¿Las quejas de aquella fecha no han desaparecido con la constitución? ¿Y es merecedora la España á que la trateis con ese odio que manifestais contra sus hijos? Americanos, mirad que no está lejos la época de que esperímenteis *la mala madrastra*, ya que aborreceis *la buena madre*.... Advertid que en el momento en que quiera nuestra corte abrir las puertas á las potencias que hoy son sus aliadas, vereis divididos esos territorios entre las tres al impulso de doscientos mil hombres que tenía á su sueldo la Francia, y hoy se hallan prisioneros por los españoles, los rusos, &c.

Y entonces, ¿cómo esperais ser tratados á la vista de vuestra ingratitud con quien os sacó del estado de *colonia* á parte integrante?... Volveis á serlo; y la España tendría que seguir en la parte que le toque, lo que las demás practiquen en las suyas; y oireis todos los blancos la tremenda voz con que se intima en la India á la juventud, para embarcarla para Europa: *Pena de la vida si volviédes á tu país natal*.

Desgraciados los buenos americanos: desgraciados indios y castas. Vuestra suerte está decidida, si no acudís á reuniros, por medio de la sabia constitución, á este grande imperio español, que subsiste y subsistirá, á pesar de los esfuerzos de sus enemigos.

[Nota del traductor.]

plegó sus proyectos, inculcando la idea de que toda la América debía ser solidaria de la revolución de cada provincia, y la de que no debían diseminarse las fuerzas en los distritos, sino que era preciso reunir las todas para dar un gran golpe al enemigo, no dejando rincón del país donde no se proclamase la libertad.

Habiéndose puesto al servicio de Cartagena, atacó a los españoles que impedían la navegación interior en el río de la Magdalena; no cuidándose de los límites impuestos a sus operaciones, entró en Ocaño y restableció la comunicación entre Cartagena y Pamplona, y asegurando últimamente la libertad con dilatarla, penetró en Venezuela para redimirla a nombre de la Nueva Granada. El descontento escitado por Monteverde, trocándose entonces en furor, le favoreció, y se vió la bandera de la independencia recorrer desplegada los floridos valles de Cucuta.

Bolívar, preparándose para destruir a Monteverde, pudo con trabajo reunir un ejército libertador de quinientos hombres, con los cuales atacó á seis mil españoles veteranos que obedecían á aquel temido jefe. Con este puñado de gente propagó la revolución (1813), precisamente cuando Bonaparte con quinientos mil hombres la dejaba perecer en Europa.

Bolívar gozó con estrategia particular á su ejército por desiertos ó *sabanas* [1] sin límites ni caminos, ya bajando á los pantanos del Orinoco y del Apuré, ya subiendo hasta los ventisqueros de los Andes, y renovando á cada paso los milagros de la primera conquista. En las batallas con los enemigos no había piedad ni consideraciones por ninguna parte, sino furor y venganza.

La regencia de Cádiz se había negado á reconocer los nuevos Estados, y por consiguiente á aplicar el derecho internacional á aquellos súbditos traidores. Así, los generales españoles rivalizaban en crueldad para el castigo contra los vencidos, declarándolos á todos traidores; condenaban al último suplicio á los que cogían con las armas en la mano y á los que las habían llevado antes, ó favorecido la revolución, sin distinción de ancianos ni mujeres; los oficiales que caían prisioneros eran fusilados, y batallones enteros sufrían igual suerte. Bover y Morales, jefes realistas, capitaneaban un cuerpo de negros y mulatos sedientos de sangre, que por su crueldad se les había dado el nombre de *legión infernal*; el general Moxó, capitán general de Caracas, el 19 de Noviembre de 1815, escribía á Urezieta, gobernador de la isla Margarita: *Fuera toda consideración de humanidad; que todos los insurgentes, sus cómplices ó parciales, cogidos con armas ó sin ellas, y todos aquellos que hayan tomado una parte cualquiera en la presente crisis de la isla, sean fusilados inmediatamente, sin mas forma de proceso.* Este gobernador por su parte decía

[1] Llanuras estensas y arenosas sin árboles.

al capitán Gonigo en una comunicación, lo siguiente: *No dé usted cuarte; deje á las tropas saquear apenas lleguen á un punto. Si el enemigo se retira, sigale vd. hasta San Juan y prendá fuego á los edificios.* Los insurgentes viendo que se llevaba á efecto este decreto, mataron á ochocientos realistas que se habían refugiado en Sampator, y Bolívar publicó también la guerra á muerte. "Conmovidos ante el espectáculo de vuestras desventuras (tal era su proclama de 15 de Julio de 1813 á los habitantes de Venezuela), no podemos ver con indiferencia los males que os hacen sufrir los bárbaros españoles, que os han oprimido con la rapiña y destruido con el incendio, violando para con nosotros los derechos sagrados de las naciones, rompiendo los tratados y convenios mas solemnes, y reduciendo con mayores delitos á la república de Venezuela á una espantosa desolación. La justicia exige venganza, la necesidad la impone. Desaparezcan para siempre del suelo colombiano los monstruos que lo infestan, y que lo han cubierto de sangre, y se imponga un castigo igual á su perfidia, para que de este modo podamos lavar la mancha de nuestra ignominia, y demostrar á las naciones que no se ofende impunemente á los hijos de América.... Todo español que no conspire contra la tiranía, favoreciendo la buena causa con los medios mas activos y eficaces que pueda emplear, será tenido por enemigo, castigado como traidor á la patria, é irremisiblemente pasado por las armas. Habrá perdón general y absoluto para todo el que se aliste en nuestro ejército con armas ó sin ellas, ó que nos traiga socorros, así como para todos los buenos ciudadanos que se hayan esforzado en sacudir el yugo de la tiranía.... Los españoles y los habitantes de Canarias no tienen que esperar sino la muerte, con solo que se hayan negado á cooperar activamente á la libertad de América; en cambio los americanos pueden esperar la vida aun cuando sean culpados." Con tal ferocidad además de las atroces represalias, esperaba tal vez Bolívar inducir á los propietarios españoles a ausentarse y desistir de su oposición ó tomar parte con los defensores de la independencia. Acaso quería también grabarla con el sello de un odio que hiciese imposible toda reconciliación. Así, pues, los horrores de la guerra civil llegaron á ser tan habituales, que parecía que unos y otros cifraban toda su gloria en mostrarse á cual mas crueles y sanguinarios. La posteridad, que no aprecia la justicia de una causa por solo su éxito, pedirá cuenta de estas atrocidades á Bolívar; pero también la exigirá de quienes dieron ocasión á ellas [1].

Donde el permanecer neutral se castigaba

(1) Estas últimas palabras de César Cantú nos traen á la memoria lo que dijo en otro lugar: "no se defiende una buena causa deshonrándola," y por lo demas las crueldades del enemigo, no pueden servir de disculpa para que los que las

con el último suplicio, indudablemente debía engrosarse el ejército. Bolívar, despues de cinco meses de campaña entró en Caracas por capitulación [4 de Noviembre de 1813], y sacó de las prisiones á las víctimas del despotismo.

sufren, se juzguen con derecho de cometer otras mayores.

Sin embargo, no dejará la posteridad de celebrar la memoria de Bolívar y de los héroes de la independencia hispano-americana, no tan solo porque desplegaron victoriosos sus pendones, sino también porque la historia que pesa la justicia de las acciones humanas en toda su pureza, falla siempre en favor de los oprimidos. Así es, pues, que nosotros vemos los nombres de republicanos que lo han sacrificado todo para su patria, celebrados por déspotas y tiranos que persiguen entre sus contemporáneos, á cualquiera que pretenda reivindicar sus propios é indisputables derechos, ó manifieste el deseo de respirar una atmósfera mas libre que la de una corte corrompida por los vicios.

Los vates, que suelen con frecuencia abandonarse á su propia inspiración, reparando poco en las hazañas de los héroes que celebran, merecen aun menos fe que los demas escritores, bien sea que elogien, bien que vituperen los grandes hechos; por lo que sus arranques despiertan siempre elevados sentimientos cuando se trata de argumentos en los que ocupan un lugar preferente el amor á la patria y á la independencia nacional. En casos semejantes, es permitido al vate despojar á sus héroes de todas las fragilidades inherentes á la humanidad, y hacer su apoteosis colocándolos resplandecientes de gloria en medio de los coros celestiales, de los genios de un mundo mas puro y perfecto que este valle de lágrimas y amarguras. La poesía á Bolívar escrita por el Abigail Lozano pertenece á esta categoría. Sus pensamientos, que rebosan de amor patrio, sus imágenes vivas y elevadas, sus frases elegantes, sus versos armoniosos, le hacen acreedor á nuestros elogios, y nos obligan á insertarla en estas páginas.

A BOLIVAR.

Es Bolívar.... El héroe de los héroes, el patriarca inmortal de la victoria, el sol de libertad, el sol de gloria: he escuchado en la noche unos sonidos que murmuran las selvas y los mares.... Son tal vez los magníficos cantares del ángel que á Bolívar custodió.

He visto por las tardes en Oriente dos hermosas estrellas enlazadas, y al campo de sus luces argentadas la cifra de su nombre comprendí. He buscado su sombra misteriosa, en el valle, en el monte, en las praderas; solo en un viejo bosque de palmeras á la luz del crepúsculo la ví.

He creído mirarla tras la nube con que á veces el sol en Occidente suele ocultar su moribunda frente cuando el ave le da su triste adiós.

HISTORIA.—83

El congreso de la Nueva Granada le había mandado restablecer el gobierno federal; pero él, viéndose victorioso y por tanto dueño de la fuerza, y conociendo mejor que nadie las necesidades del país, estableció un gobierno militar, invistiéndose á sí propio de la

Y en la voz que se escapa del desierto, gigante, majestuosa y solitaria, he escuchado el rumor de una plegaria que sube por Bolívar hácia Dios.

Acaso la deidad de esas montañas que la América ostenta por do quiera, en las ramas cogió de una palmera una inmensa campana de metal; y al estridor de su primer tañido que vibró en las cavernas de los montes, fulgurante asomó en los horizontes el astro de ese genio celestial.

La nube al reventar le dió su rayo, su voz estruendosa el torbellino, su magnífico lábaro el destino, y su aliento de trueno el huracán. La consorte nupcial de la victoria besó en su sien sus lauros de guerrero, y al relucir de su triunfante acero ella fué su deidad, su talisman.

La libertad, en su radiante carro tirado por el dios de la batalla, apagó los volcanes de metralla que en torno vió del adalid arder.... Sobre el mármol, Bolívar, de tu gloria no levanta sus nubes el olvido, que el laurel que á su márgen ha crecido cuando lo quema el sol, vuelve á nacer.

Porque es tu nombre un astro rutilante que brilla solitario en el espacio, donde figura el inmortal palacio que en la América alzó la libertad. Y las ígneas estrellas que coronan su inmenso disco de esplendente llama, sus satélites son, que el mundo aclama, porque tu sol les dió su claridad.

El viento de la envidia tempestuoso ronco rugió sobre tu egregia frente, mas no pudo su soplo maldiciente tu inmarcesible lauro desgajar. Cuando un siglo ya trémulo y caduco vaya á exhalar su aliento postrimero, dirá al que nace:—Guarda ese letrero, santo nombre de un héroe tutelar.—

Y cuando todos ellos confundidos rueden á sepultarse en el espacio, entre nubes de incienso y de topacio le llevarán en triunfo hasta el Señor. El grabará su nombre en el gran libro donde miran sus nombres los patriarcas, y en sus escelsas, inmortales arcas escribirá también: Libertador.—

Seco ya de la vida el ancho río, vuelta la tierra al primitivo caos, dirá una voz de trueno: ¡Levantaos! y una palma en los mares se alzaré: sobre su eterna y solitaria copa una blanca paloma de los cielos, de la tiniebla entre los negros velos tu nombre y tus hazañas cantará.

dictadura. Al mismo tiempo estimuló á los venezolanos á continuar la guerra y á los extranjeros á apoyar sus esfuerzos, ofreciéndoles terrenos en aquel país donde tantos hay sobrantes. El joven estudiante Santiago Mariño, su compañero en aquellas empresas fué declarado dictador de las provincias orientales.

Monteverde, habiéndose retirado á Puerto-Cabello, podía tener siempre abierto el país para una nueva invasión española; Castillo, Cabal y Urdaneto, jefes de las tropas de la Nueva-Granada, se habian reunido en otros puntos; muchos llaneros y un crecido número de esclavos, sublevados con la promesa de la libertad y del saqueo, llenaban de guerrillas las inmensas Pampas (1), y la sangre y el ardor vengativo de los negros, se asociaban á la astucia y á los refinamientos europeos. Hallóse, pues, Bolívar estrechado en las ciudades, donde entibiándose el entusiasmo que habia escitado su prosperidad, se clamó contra su despotismo, y con una impaciencia contraria á toda buena política, se pidió la proclamación de un gobierno republicano. Bolívar, encontrándose por do quiera rechazado y habiéndolo ya perdido todo, salió del territorio de Venezuela y regresó á Cartagena, en donde reinaba aun la libertad; pero las provincias estaban tambien desunidas. Habiendo sido entonces confiado á Bolívar por el congreso el encargo de obligar á reconocer la autoridad federal á los que se habian negado á ello, se vió en la precisión de sitiar á Cartagena misma.

Tan luego como los realistas de España, despues de haber recobrado el mando, pudieron dirigir sus esfuerzos contra las colonias sublevadas, enviaron á las órdenes de Morillo una expedición de diez mil hombres aguerridos en los combates de su patria, creyendo sin duda que todavía tenían que habérselas con los americanos de Cortés y de Pizarro, y que bastarian algunos batallones para sujetarlos. ¿No era absurdo hacer combatir contra la independencia de otro pueblo á aquellos mismos españoles que tan generosamente habian peleado hasta entonces por defender la suya? La travesía fué fatal á muchos; á otros mató el clima, y el resto

Dios llamará á su arcángel favorito,
le enseñará una estraña melodia,
para que arrulle el sueño que te envía
sonriendo de amor en su doncel....

.....
Tu porvenir, Bolívar, son los tiempos,
las coronas de un Dios son tus coronas;
y el inmenso raudal del Amazonas
las aguas que fecundan tu laurel.

ABIGAIL LOZANO, DE CARACAS.

[1] Llanura de grande estension. Este término se aplica con especialidad á las llanuras que hay desde Buenos Aires hasta cerca de la Tierra del Fuego.

sucumbió en la guerra á la desbandada que se hacia en América. Si la Inglaterra con diez y seis millones de habitantes, con cuantiosos recursos marítimos, y teniendo alemanes á sueldo no habia podido sujetar á dos millones y medio de norte-americanos, ¿cómo la exhausta España podia pretender reprimir la insurrección de todo un continente?

Sin embargo, Morillo, aprovechando las escisiones de sus enemigos (1816), los derrotó, y entrado luego en Venezuela, pensó despues de haberla conquistado, que le serviría de punto de apoyo para hacer la guerra á la Nueva-Granada. Siguiendo su plan, se reuniría con Montes, que hacia la guerra de Quito, llegaría á Lima y al Alto Perú, y por último sometería á Buenos-Aires. El plan de Morillo abrazaba todo aquel continente: este jefe que manifestó grandes talentos y una ferocidad sin ejemplo en los anales modernos, escribía á Fernando VII: *para subyugar estas provincias se necesitan los mismos medios que fueron necesarios para la primera conquista.* En una comunicación de Junio de 1816 fechada en Botogá, dijo que habia declarado rebeldes á todos los que supieran leer y escribir; y que por tanto habian sido ahorcados unos seiscientos notables de aquella ciudad, completamente desnudos (1).

[1] La guerra de la independencia hispano-americana, es uno de los episodios mas terribles de la historia moderna y un vivo ejemplo de lo que puede un pueblo cuyos intereses conspiran á un solo fin. Las atrocidades de Morillo contribuyeron sobremedera á despojar á España de sus dominios americanos y á exasperar aun mas á los habitantes del nuevo hemisferio, los cuales desde luego no vieron mas en la madre patria á una potencia conservadora de sus posesiones, sino á un cuerpo colectivo de hombres destructores de su existencia y de sus bienes. La inmensa distancia que media entre el antiguo continente y los países de otro hemisferio, la abundancia de toda especie de producciones naturales, los abusos perpetrados por los españoles que tenían el mando en aquellos países, hacian ya imposible la dependencia de los americanos; pero si el gobierno de la metrópoli hubiese adoptado medidas mas moderadas, habria podido sostener aun cierta influencia en aquellos países. Los políticos mas juiciosos y los gobiernos que se respetan á sí mismos, han llegado hoy á comprender que el sistema de un absoluto rigor conduce al abismo mas bien que á la reconquista de los propios derechos. La época moderna, friamente calculadora, pone á discusión aun cuando sea en la oscuridad y en el silencio, todas las providencias gubernativas, así que es imposible deslumbrarla ó prolongar su servidumbre, porque cuando los hombres llegan á convencerse de que se quiere á toda costa cercenar ó destruir sus derechos, se irritan en su interior de los subterfugios de una política mal entendida, que usando de un lenguaje engañoso, pretende oprimir abiertamente ó con las armas de la reducción. En este caso se encontraban las colonias hispano-americanas, pues el

Ante tal furor, los jefes de la insurrección, despues de haber sido vencidos repetidas ve-

único sistema para conservar en ellas, cuando no fuese otra cosa, una preponderancia política, era halagarlas con las concesiones. Además, la Inglaterra, casi en la misma época, habia dado á conocer al mundo entero, que su política de resistencia habia sido la causa principal de que perdiera sus colonias, contra quienes, como reflexiona muy atinadamente nuestro autor, pudo usar de fuerzas mas cuantiosas que la exhausta España. Además, es tambien de notar que las colonias anglo-americanas no se encontraban tan ricas en producciones naturales como las de España.

César Cantú habiéndose propuesto en la presente obra dar el cuadro general de la historia de todas las naciones desde el año de 1750 hasta el de 1850, no puede entrar en todos los pormenores que mediaron durante la guerra de la independencia de las colonias hispano-americanas; pero los que leyeren las historias particulares sobre el asunto en cuestión, notarán desde un principio, que los americanos, divididos por un inmenso espacio de la metrópoli y acostumbrados á vivir en climas tan diferentes al nuestro, y rodeados de tribus salvajes, habian adquirido una especie de rudeza y un amor á la independencia desconocidos en Europa; de suerte que las crueldades que usaba la metrópoli contra ellos eran armas contrarias á las que requerian las circunstancias topográficas del mismo país. En Europa cuando se enciende la tea de la discordia y se declara la guerra, tanto los gobiernos como los pueblos, guardan consideración á sus reminiscencias, á la destrucción de los grandes monumentos, á los afectos inveterados, á la magnificencia de sus grandes capitales, y finalmente, prolongan su vista hasta las generaciones futuras no abandonando la idea "de que lo dirá la historia." Los americanos no tenían nada de todo esto, pues sus aspiraciones y su fin estaban concentrados únicamente en la idea dominante "queremos ser independientes." Todas las proclamas de aquellos insurrectos no respiraban mas que destrucción de las cosas y de las personas, y una obstinación salvaje á echar mano de todos los medios que pudieran conducir á la consecución de sus votos. Nosotros podriamos transcribir varias de aquellas en estas páginas; pero nos limitaremos tan solo á la que vamos á insertar á continuación, porque creemos que basta para demostrar la verdad de lo dicho.

Proclama de un rebelde de Buenos Aires al ver frustradas sus operaciones militares contra el señor Goyeneche.

"A los pueblos de la provincia de Salta:

"Desde que puse el pié en vuestro suelo para hacerme cargo de vuestra defensa, en que se halla tan interesado el excelentísimo gobierno de las provincias unidas del Río de la Plata, os he hablado con verdad: siguiendo con ella, os manifesto que las armas de Abascal al mando de Go-

ces huyeron, y Bolívar se refugió en Haití, donde Pethion le dió armas y viveres. Con

yeneche, se acercan á Suipacha, y lo peor es que son lanzados por los desnaturalizados que viven entre vosotros, y que no pierden arbitrio para que vuestros sagrados derechos de libertad, propiedad y seguridad sean ultrajados y volvais á la esclavitud. Llegó, pues, la época en que manifesteis vuestro heroísmo y de que vengais á reunirnos al ejército auxiliar de mi mando, si como asegurais quereis ser libres, trayendoos las armas de chispa, blancas y municiones que tengais ó podais adquirir, y dando parte á las justicias de los que las tuvieren y permanecieren indiferentes á vista del riesgo que os amenaza de perder, no solo vuestros derechos sino las propiedades que teneis:

"Hacendados: apresurados á sacar los ganados vacunos, caballares, mulares y lanares que se hallan en vuestras estancias, y asimismo vuestros charques hácia el Tucuman, sin dar me lugar á que tome providencias que os sean dolorosas, declarandoos además, si no lo haceis, traidores á la patria.—Labradores: asegurad vuestras cosechas, estrayéndolas para dicho punto; en la inteligencia de que no haciéndolo incurriréis en igual desgracia que aquellos.—Comerciantes: no perdais un momento en enfardelar vuestros efectos, y remitirlos, é igualmente cuantos haberes haya en vuestro poder de ajena pertenencia; pues no ejecutándolo sufriréis las penas que aquellos, y además serán quemados los efectos que se hallaren, sea en poder de quien fuere y á quien pertenezcan. Entended, todos, que al que se encontrare fuera de las guardias avanzadas del ejército en todos los puntos que las hay, ó que intente pasarlas sin su pasaporte, serán pasados por las armas inmediatamente sin forma alguna de proceso.—Que igual pena sufrirá aquel que por sus conversaciones ó por sus hechos atentare contra la sagrada causa de la patria, sea de la clase, condicion, ó estado que fuese.—Que los que inspirasen el desaliento, estén revestidos del carácter que estuvieren, serán igualmente pasados por las armas con solo la deposición de dos testigos.—Que serán tenidos por traidores á la patria todos los que á primera orden no estuviesen prontos á marchar y no la ejecuten con la mayor esculpulosidad, sean de la clase ó condicion que fuesen.—No espero que haya uno solo que me dé motivo para poner en ejecución las referidas penas; pues los verdaderos hijos de la patria me prometo que se empeñarán en ayudarme como amantes á tan digna madre, y los desnaturalizados obedecerán ciegamente y ocultarán sus iníquas intenciones. Mas si así no fuese, sabed: que se acabarán las consideraciones de cualquiera especie que sean, y que nada será bastante para que deje de cumplir cuanto dejo dispuesto. Cuartel general de Jujui, 29 de Julio de 1812.—Manuel Belgrano.—Manuel José de la Baquera."

La proclama que acabamos de insertar, mientras que nos pone de manifesto el encarnizamiento y el espíritu de destrucción que reinaban en aquella guerra, nos da á conocer tambien,